

JOSE BRAVO UGARTE

Nació en Morelia, Mich., el 9 de diciembre de 1898 y falleció en la ciudad de México en 1967.

Historiador perteneciente a la Compañía de Jesús. Se caracteriza por su ecuanimidad, método en su exposición y vasta información. Es una de las figuras ms respetables entre los historiadores eclesiásticos del México presente. Sus preferencias son la historia general de México a la que ha consagrado largos años, habiendo elaborado un manual amplio y un compendio bien estructurados; también la historia de Michoacán y la eclesiástica le deben importantes interpretaciones.

Ha escrito: *Recuerdos de los seminarios de México* (1939); *Don Vasco de Quiroga* (1940); *Diócesis y Obispos de la Iglesia Mexicana* (1941 y 1965); *Historia de México* (1941-1944); *Compendio de Historia de México* (1946); *Texto de la Edición considerada como príncipe de la "Doctrina Cristiana" del P. Ripalda* (1950); *Carta al Emperador* (Carlos V. de Motolinía) (1949); *Bio-Bibliografía Eclesiástica Mexicana de Mons. Valverde Téllez* (1949); *El clero y la independencia* (1941); *Carlos Pereyra el historiador de la hispanoamericanidad* (1945); *Toribio Esquivel Obregón, gran sociólogo mexicano* (1947); *Historia de Michoacán*, 3 v, (1962); *La educación en México* (1966); *Iturbide, documentos y folletos selectos sobre su muerte, exhumación, re-inhumación* (1964); *Luis Felipe Neri de Alfaro* (1966); *Temas históricos diversos* (1966); en unión de Jesús García Gutiérrez y Juan B. Iguíniz, *Dictamen sobre las excomuniones del Cura Hidalgo* (1933); ha prologado la obra de J. Medina Ascencio: *Archivos y bibliotecas eclesiásticas* (1966); *El porqué del Partido Católico Nacional* (1960).

Colaborador de varias revistas, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, *Revista de Historia de América*, *Abside*, *Historia Mexicana*, etc.

Fuente: José Bravo Ugarte. *México Independiente. Parte I. Periodo constitutivo. Parte II. Periodo Constitucional*. Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1959. [v]-480 p. ils. Mapas. (*Historia de América y de los pueblos americanos*). p. 46-64.

EL SEGUNDO IMPERIO

Ensueño de la emperatriz Eugenia, quien ardientemente lo recomendó a Napoleón III, fue llamado "el pensamiento más glorioso de su reinado", pues se trataba de rehabilitar a la

raza latina en América mediante un fuerte Imperio mexicano que contrarrestase el poderío absorbente de los Estados Unidos.

Para establecerlo, sin imponerlo, quiso Napoleón crear en México un ambiente de libertad en que el pueblo, libre de "la opresiva minoría juarista", pudiese manifestar sin temor ni coacción su voluntad en pro o en contra de él. Esto suponía la ocupación militar del país, la expulsión de Juárez y la propaganda monárquica. Un plebiscito resolvería luego si se establecía o no el Imperio mexicano.

Ocupación militar y propaganda monárquica se hicieron al mismo tiempo. La ocupación militar, dirigida sucesivamente por tres generales —Lorenz, Forey y Bazaine—, tuvo otros tantos períodos. En el de Lorenz, que fue el tanteo y resultó un fracaso, se intentó fundar el partido monárquico en forma que no agradó a los franceses. El de Forey realizó lo más substancial de la campaña; en él creció enorme el partido monárquico y una Junta de Notables decretó el segundo Imperio mexicano. A Bazaine, en cuyo período llegó el Emperador, tocó consolidar y extender la obra de Forey, lo que no supo hacer.

La ocupación militar del país se empezó desde Córdoba, violando los franceses sus compromisos con Juárez de retirarse a Paso Ancho si se rompían las hostilidades.

Lorenz, haciendo alarde de invencible, emprendió el asalto de Puebla, erizada de armas por los juaristas, por los lugares más difíciles, y fue totalmente derrotado (5 de mayo de 1862). El revés, no compensado por el pequeño triunfo del cerro del Borrego, (frente a Orizaba, 14 de junio), produjo consternación en París y Lorenz fue removido.

Forey preparó cuidadosamente un nuevo ataque a Puebla, mejor pertrechada que el año anterior por el gobierno de Juárez. Los juaristas opusieron tenaz y heroica resistencia durante sesenta y un días (16 de marzo-17 de mayo de 1863), hasta que, faltos de víveres y municiones, rompieron sus armas y se entregaron como prisioneros de guerra, negándose a comprometerse a no combatir la intervención. Forey extendió la ocupación militar a más de sesenta y seis ciudades, villas o aldeas.

Desde el 10. de octubre de 1863 quedó Bazaine al frente de las tropas francesas, que, al llegar el emperador Maximiliano,

liano, ocupaban ya la mayor parte del país (18 de los 25 Departamentos en que éste se dividía entonces).

La propaganda monárquica no tuvo éxito muy rápido, pues había incertidumbre y desconfianza sobre las miras de los franceses, que se temía arrebataren a México su independencia. Considerando ésta en peligro, algunos militares conservadores se pasaron a las tropas de Juárez; mas poco a poco el pueblo se convenció de que no había tal peligro.

El 19 de abril de 1862 se pronunció en Córdoba por la intervención el general Taboada. Proponíase "levantar una bandera nacional a cuyo derredor se pudieran reunir las tropas conservadoras sin temor de incurrir en la nota de traición a la patria". "La independencia —decía su pronunciamiento— no corría ningún peligro, sino antes bien adquiriría robustez y dignidad por la noble cooperación de las armas francesas."

Al pronunciamiento de Córdoba siguieron los de Orizaba, Veracruz, Alvarado e Isla del Carmen, mientras el ejército de Napoleón era recibido cada vez con mayor entusiasmo en las poblaciones. El que hubo en la capital conmovió a Forey. "Los soldados de Francia —escribió a su país— fueron acogidos literalmente bajo el peso de coronas y ramos... en una recepción sin igual en la historia."

El plebiscito no se hizo en la forma más correcta de recoger la votación del pueblo tanto en pro como en contra de la intervención y el Imperio, sino por medio de actas de adhesión a una y otro. Su número fue enorme y muchas firmas iban acompañadas de frases entusiastas. El historiador español Zamacois refiere cómo se levantó la de México. "Presenció —dice— en la Casa de Correos el afán con que se acercaban a firmar el acta en favor de la intervención... El espacioso patio se encontraba literalmente apretado de individuos que acudían espontáneamente a firmar...; la ancha escalera se veía llena de personas que incesantemente bajaban y subían, unas de firmar el documento y otras para firmarlo... Aún no habían transcurrido dos días de haber sido abandonada la capital por el gobierno de Juárez y cuando todavía se hallaban casi a las puertas de la ciudad algunas fuerzas de su ejército, cuando habían ya firmado el acta 15,000 individuos de la buena sociedad, continuándose aumentando el número diariamente, excediendo la cifra de los firmantes el día 6 de junio (1863) en sólo la capital a la que ascendió

antes la de los que protestaron contra la intervención en todo el país.”

Una Asamblea de Notables decretó la monarquía moderada y que se ofreciese la corona imperial de México al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo (11 de julio de 1863), el cual puso por condición para aceptar que el pueblo mexicano ratificase directamente el voto de la Asamblea.

Entre tanto que venía el emperador se encargó del poder ejecutivo una regencia, compuesta de tres individuos propietarios y dos suplentes. Los propietarios fueron Almonte, el arzobispo de México Labastida y el general Salas. Los suplentes, el obispo de Tulancingo Ormaechea y don Ignacio Pavón. La regencia procuró pacificar el país concediendo la amnistía a los militares disidentes, reorganizar la administración pública y ajustarla al nuevo orden de cosas.

Los regentes, sin embargo, no pudieron gobernar en armonía, pues los franceses, por instrucciones expresas de Napoleón, impusieron puntos fundamentales de la reforma liberal mexicana, como eran la libertad de cultos y la nacionalización de los bienes de la Iglesia. Naturalmente, el arzobispo Labastida se opuso, sin encontrar apoyo en sus colegas, los cuales, por el contrario, dieron fin al conflicto declarando en nombre de la regencia que el arzobispo había dejado de formar parte de ella.

En su bello castillo de Miramar, en Trieste, Maximiliano aceptó formalmente el trono de México el 10 de abril de 1864 ante la misma comisión mexicana que el 3 de octubre anterior había ido a ofrecérselo. Era hijo del archiduque Francisco Carlos, quien sólo por momentos tuvo la corona imperial austrohúngara, recibida de su hermano Fernando I, y la transmitió luego a su primer hijo, Francisco José. Maximiliano fue educado en el ambiente fuertemente liberal de la corte de Viena. Viajó mucho: primero por Grecia, Italia, España, Portugal, isla de Madera, Tánger y Argelia, donde ascendió al Atlas; después, siendo almirante y comandante jefe de la flota austrohúngara, por Palestina, Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra. Casó con la princesa Carlota Amalia (1857), hija de Leopoldo I de Bélgica, tío de la reina Victoria de Inglaterra, y de Luisa de Bélgica, hija del rey de Francia Luis Felipe de Orleáns. De 1857 a 1859 gobernó el reino lombardoveneto, que fue para él un país de sufrimientos a pesar de lo “muy liberal” que se mostró. En 1860 hizo un viaje al

Brasil, y en 1861 oyó las primeras proposiciones para el trono de México.

Ambos de gran ambición, Maximiliano y Carlota vieron con ilusión la corona imperial mexicana y desecharon la real de Grecia. Sin embargo, no perdieron de vista la imperial de Austria-Hungría, y Maximiliano tuvo enojosas discusiones con su hermano el emperador Francisco José acerca de sus derechos eventuales a aquélla, que Francisco José le exigió que renunciara al aceptar el trono de México.

El 28 de mayo de 1864 llegaron los emperadores a Veracruz a bordo de la *Novara*, fragata austriaca, y el 12 de junio siguiente entraban en la capital del Imperio. El viaje por el país y la entrada en la capital fueron triunfales.

“El programa diario —dice una descripción contemporánea sobre el viaje de Veracruz a México— era invariable: en todo el camino, arcos y flores, escolta de pueblos con músicas, acompañamiento de autoridades; al llegar a una población, almuerzo, serenatas, felicitaciones, salvas, repiques y cohetes, lo mismo al salir; en las ciudades otro tanto, y bailes y obsequios, de manera que hemos tenido un séquito inmenso y un ruido de alegría inmenso también... Los arcos han sido más de dos mil, las flores llenarían los buques de una flota, los carruajes desaparecerían debajo de ellas; pero lo que más ha habido es tronar de cohetes. “Entre Puebla y Cholula, que se gloriaba de llamarse “Cholula del Imperio”, se levantaron 770 arcos, distantes uno de otro 3 varas.

L'Estafette comentó así la entrada en la capital: “Lo que ha caracterizado la solemnidad del 12 (de junio), más que las demostraciones oficiales, es la emoción de los habitantes de la capital al aspecto de los jóvenes príncipes... En esta multitud de detalles de listones, cortinas, flores e iluminaciones, notábase por dondequiera el afectuoso empeño de quedar bien, como si cada casa hubiese aguardado a alguno de su familia o a algún ser querido en ese día... Hemos sido testigos de cinco o seis grandes entradas triunfales en esta ciudad de México: ardientes y tumultuosas las hemos visto, en que las pasiones victoriosas estallaban en vociferaciones de odio contra los vencidos. Tratábase de fiestas en que la insolencia de los partidos campeaba a sus anchas. Notábase en ellas suma agitación, gran ruido, demostraciones siniestras, iluminaciones que terminaban en incendios. Ni un solo grito de odio se había oído en las fiestas del domingo. No había clamores, pero todos

los vivos salían del alma y llegaban a la comitiva como el eco de una emoción interior. En las calles apartadas, en las manzanas que quedaban lejos de la carrera, pocas habitaciones había en que no se notara alguna señal exterior de regocijo: coronas de flores y ramos, palmas, listones o papeles de colores ondeaban al viento. ¡Demostraciones pobres, pero tan significativas como las de las casas opulentas! En un arrabal hemos visto a dos niños danzar de gusto frente a su puerta, adornada con tres ramos de fresno. Bien hacía esto las veces de un arco de triunfo.”

La emperatriz Carlota se emocionó: “La recepción en la Villa de Guadalupe (11 de junio) fue tal como jamás había visto otra: era la efusión de la liberación y una especie de delirio que se había apoderado de millares de caballeros y de todas las damas de México. Al día siguiente, en la gran plaza, que rebosaba de gente, hubo una manifestación muy afectuosa; por la tarde nos habíamos asomado al balcón unos instantes, cuando, habiéndonos retirado, oímos gritar: «salga nuestro Emperador»; salimos de nuevo al balcón y hubo entonces tales aclamaciones, que se confundieron en un gran ruido confuso e inarticulado.”

El imperio de Maximiliano duró poco más de tres años, contados desde el 10 de abril de 1864, en que Maximiliano empezó a gobernar desde su castillo de Miramar, hasta el 15 de mayo de 1867, en que fue hecho prisionero en Querétaro.

Sólo en los últimos siete meses puede hablarse de un gobierno personal de Maximiliano. Todo el tiempo anterior, procurándolo él empeñosamente, vivió sujeto a Napoleón III, del cual esperaba dinero, ejército y dirección política. Así que hubo dos períodos principales en su imperio: tutoría napoleónica y gobierno personal. Entre uno y otro hay un período de transición de diez meses (febrero-noviembre de 1866), en los cuales, tratando ya Napoleón de retirarse, tiene él que comenzar a mirar por sí mismo.

Dinero, ejército y política constituían tres problemas íntimamente ligados entre sí y a los que en seguida había que darles una solución mexicana para que el nuevo Imperio pudiese sostenerse cuanto antes por sí mismo. El dinero debía conseguirse en México, pero esto suponía la pacificación, ya que no podían recaudarse contribuciones en las regiones dominadas por el enemigo. La pacificación a su vez necesitaba

tener organizado un buen ejército mexicano y la implantación de una política mexicana adecuada.

Maximiliano no supo resolver ninguno de los tres problemas.

Las circunstancias exteriores e interiores eran propicias: Napoleón, dispuesto a ayudar; los Estados Unidos, divididos y ocupados en su sangrienta guerra civil; y México, en fin, con el primer gran entusiasmo por el Imperio. Las adhesiones a éste se multiplicaron más y más después de la llegada de los emperadores, y extraordinario fue el número de generales, jefes y oficiales del partido contrario que se rindieron.

La política de Maximiliano, dirigida por Napoleón, fue poco mexicana y muy liberal.

El emperador formó dos gabinetes: el oficial, compuesto de mexicanos, y el privado, constituido por extranjeros de muchas nacionalidades (belgas, austriacos, húngaros, alemanes, polacos, franceses, mexicanos y aun yanquis sudistas). Con este último era con el que gobernaba de hecho, de lo que nacían a veces discrepancias en las órdenes dadas por el gobierno según el conducto por donde se trasmitían.

Al frente del gabinete privado estuvieron sucesivamente el belga Eloin, que representaba la política radical del emperador en asuntos eclesiásticos y sus tendencias a emanciparse del jefe de las fuerzas francesas, Bazaine; los franceses Loysel y Pierron, cuando Maximiliano buscaba otra manera de librarse —por medio de franceses— del influjo de Bazaine; y finalmente, el alemán padre Agustín Fischer, al volverse el emperador hacia los conservadores.

Con fervor, con ilusión, se entregó Maximiliano a hacer las leyes de su imperio, que salieron en siete gruesos volúmenes, de los cuales mandó ejemplares a Napoleón. Carlota se mostraba orgullosa de la obra. "El gobierno mexicano —escribía a Eugenia— ha trabajado sin descanso en formar un cuerpo de legislación que, ciertamente, no le cede a ningún código administrativo existente y será un día el honor del país y de los que lo hicieron." Napoleón, por el contrario, la encontró utópica y se lo hizo saber a Maximiliano por medio de Eloin, que se hallaba entonces en París y se lo escribió al emperador de México. "(Este) . . . se limita a hacer y publicar decretos sin darse cuenta de que frecuentemente no podrán ser ejecutados. Asegúrase que, impulsado por su necesidad de producir, se lanza en utopías con detrimento de lo práctico."

A los mexicanos, a su vez —como a Arrangoiz, por ejemplo—, les pareció tan copiosa legislación, por una parte innecesaria, pues ya había muchas leyes mexicanas, así de la época novohispánica como de la nacional, que podían haberse mantenido o aprovechado; y por otra, insuficiente, ya que quedaron muchos puntos para los que no había legislación imperial.

La pasión de Maximiliano por el liberalismo, tan a tono con la de Napoleón III, que se ufanaba de su “Imperio Liberal”, le llevó a hacer muchas cosas que disgustaron a los católicos mexicanos. En el escudo de armas del Imperio substituyó por una piña la cruz que remataba la corona; mandó trabajar por las mañanas en las oficinas del gobierno todos los domingos y fiestas de guardar; nombró representante diplomático para Turín, que hacía la guerra al Papa y que no había tenido nunca representante de México; llamaba a los conservadores “cangrejos” y puso en su gabinete oficial y en los principales puestos de la administración casi solamente a liberales.

Pero lo que más le enajenó las voluntades de conservadores y católicos fueron sus leyes de Reforma, análogas a las de Juárez, que fueron expedidas en los meses de enero, febrero, marzo y octubre de 1865. Establecían el pase imperial para los documentos pontificios, la “tolerancia” de todos los cultos, la revisión de las operaciones de desamortización y nacionalización conforme a las Leyes Lerdo y de Reforma (de Juárez), la venta de los bienes que quedaban sin vender en manos del gobierno, la secularización de los cementerios y el registro civil.

El nuncio apostólico, monseñor Meglia, arzobispo titular de Damasco, que había llegado en el anterior mes de diciembre, se retiró en mayo (1865) sin haber conseguido nada del emperador. De Roma tuvo que retirarse a su vez el ministro del Imperio mexicano don Ignacio Aguilar y Marocho. Y Maximiliano envió allá para negociar un concordato, primero a una comisión, luego al padre Fischer y finalmente a un señor Guillemard de Madrid, todos los cuales fracasaron, pues Maximiliano quería un concordato sin intervención del episcopado mexicano. Pío IX explicó su renuente actitud en una larga y razonada *Exposición de los sentimientos de la Santa Sede*, que remitió al Emperador de México. La razón fundamental de ella era que todo proyecto de arreglo de los asuntos religiosos mexicanos debía responder a las necesidades reales y

verdaderas de la Iglesia mexicana y no ser una aplicación de abstractas teorías de falsos políticos. Ultima comisionada para el concordato fue la emperatriz Carlota, quien entregó a Pío IX un nuevo proyecto el día mismo en que se mostró completa su locura.

Napoleón y Eugenia, olvidando sus propias responsabilidades, criticaron al fin el fracaso político de Maximiliano. La emperatriz, conversando con D'Heriller, ponderó los malos resultados obtenidos en la cuestión de la Iglesia y "lo poco políticas" que habían sido las disposiciones tomadas a ese respecto. Y el emperador francés reprobó al mexicano "no haber marchado exclusivamente con cierto partido (el conservador) y haber intentado una obra de conciliación".

El ejército imperial mexicano llegó a componerse de 63,800 hombres, de los cuales 35,300 eran extranjeros: 28,000 franceses, 6,000 austriacos y 1,300 belgas. Los mexicanos, en número de 28,500, se subdividían en 20,000 soldados de línea y 8,500 guardas rurales y cuerpos de policía.

El contingente más valioso, así por sus buenas campañas en Europa como por el cuidado de que fue objeto en México, era el francés. Seguiale, superándole en experiencias locales y conocimientos topográficos, el mexicano, que conforme a un absurdo artículo del tratado que celebraron en Miramar los comisionados de Napoleón III y Maximiliano debía estar, en las operaciones que hiciese junto con el francés, subordinado a éste, aún cuando los jefes mexicanos fuesen de superior graduación que los franceses. Austriacos y belgas hicieron triste papel, y todos los extranjeros, salvo pocas excepciones, se hicieron odiosos por sus afanes de superioridad y faltas de cortesía, a la que es tan sensible el mexicano.

El ejército imperial, bajo la dirección general de don Aquiles Bazaine, ascendido a mariscal de Francia en septiembre de 1864, hizo dos campañas en este período: la de 1864 y la de 1865.

En la de 1864 ocupó Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Durango y Sinaloa, por el Norte; y hacia el Sur, Guerrero, Jalisco y Colima. En ella se distinguieron el general Tomás Mejía, que tomó a Matamoros; Márquez, que conquistó a Colima y Manzanillo, y Márquez y Lozada, quienes hicieron excelentes servicios en Jalisco y Sinaloa. Los republicanos obtuvieron a su vez algunos buenos triunfos: recobraron Acapulco y Tabasco (éste definitivamente) y vencieron en Sinaloa al

general ex republicano Francisco Vega, que fue fusilado, y al comandante francés Garielle, que fue hecho prisionero junto con su tropa.

De lo mucho que quedaba por hacer, en 1865 se emprendieron las campañas parciales de Oaxaca, en la que fue vencido y hecho prisionero el general Porfirio Díaz; de Sonora, cuyo puerto de Guaymas fue ocupado; de Chihuahua, en la cual don Benito Juárez tuvo que retirarse hasta el límite internacional (Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez); de Jalisco, donde fue muerto el célebre cabecilla Antonio Rojas; y de Michoacán, en que eran muy numerosas y activas las guerrillas republicanas, las cuales consiguieron un ruidoso triunfo sobre el comandante Tydgadt y el hijo del ministro de la Guerra de Bélgica, capitán Chazal. Este revés fue brillantemente compensado por la victoria del coronel tarasco Ramón Méndez de Santa Ana Amatlán, donde hizo prisioneros a los notables jefes republicanos Arteaga y Salazar, a muchos de sus oficiales y a 400 soldados. Arteaga, Salazar, tres coroneles y un capitán fueron luego ejecutados conforme a una reciente ley, muy severa, del emperador.

Y así, por agosto de 1865, terminaron de hecho las operaciones militares de la ocupación del país sin haberse concluido ésta, pues hubo regiones, como la Baja California, que por cierto se adhirió espontáneamente al Imperio, en que no entró un solo soldado de éste. La razón fue que, acabada la guerra de Secesión en los Estados Unidos (abril de 1865), temió Bazaine una guerra con ellos.

Maximiliano intentó solucionar la cuestión económica de su imperio a base de dos empréstitos, contratado uno en 1864 y otro en 1865. Por lo mal contratados le costaron en total 732.592.960 francos y no le produjeron más que 309.772.442, es decir, mucho menos que la mitad del costo. Las operaciones militares absorbieron casi la mitad de los empréstitos, esto es, 148.938,944. Y en todos los ramos hubo déficit. Únicamente franceses manejaron la Hacienda Pública del segundo Imperio: Budín, Corta, Bonfond y Langlais. Naturalmente, se preocuparon más por Francia que por México. En su proceso de Querétaro, Maximiliano se quejó duramente de los franceses, "Los franceses —dice en el memorándum que entregó a sus defensores— cogen todo el dinero. De sus dos empréstitos, no entran más que 19 millones al tesoro, y la guerra que ellos hacen cuesta más de 60 millones. Sobre todo

esto, quejas enérgicas. Documentos a París. El gobierno imperial, el más barato de todos: pruebas hechas por Escudero. Llegada de Langlais, que se cerciora de los robos y el pillaje."

En el período que hemos llamado de transición (febrero-noviembre de 1866), lo más importante son los esfuerzos de Maximiliano por no perder la ayuda militar y financiera de Napoleón. Además, procura reorganizar el ejército mexicano y reforzarlo con soldados austriacos, y en fin, busca un acercamiento con el partido conservador.

Ante las exigencias cada vez más apremiantes de los Estados Unidos y con la opinión pública francesa totalmente contraria al "mal negocio de México", que costaba hombres y dinero y no producía nada, resolvió Napoleón, en enero de 1866, retirar sus tropas de México. La terrible noticia llegó a Maximiliano en febrero.

Eloin, primer enviado suyo a París para negociar que Napoleón modificase su resolución, obtuvo algunas concesiones: el ejército francés se retiraría en fechas más o menos alejadas y se arreglaría un tercer empréstito a Maximiliano con las debidas garantías. Más aún: se ordenó a Bazaine que se pudiese al frente de sus tropas y diese una batida general a las partidas juaristas para que el país estuviese pacificado cuando se retirasen los franceses.

Satisfecho Maximiliano con estos resultados, envió a París al general Almonte a pedir todavía más: permanencia del ejército francés en México por otros tres años, el mando supremo de él para el emperador de México y su sostenimiento por el de Francia mientras el Imperio mexicano no pudiese pagar las mensualidades convenidas en el tratado de Miramar (que hasta entonces se había pagado religiosamente). Tales peticiones, que iban más allá de lo estipulado en Miramar, irritaron al gobierno francés, al cual, por otra parte, seguían presionando los Estados Unidos para que se retirase totalmente de México. Y así, en vez de acceder a ellas, el gobierno de Francia declaró "sin valor en adelante" el tratado de Miramar (suponiendo algo arbitrariamente que Maximiliano no podía ya cumplirlo), propuso a éste, so pena de retirar inmediatamente todas las tropas, una convención aduanera para el pago de los créditos franceses, y mandó a Bazaine que dejase de dar los 500.000 pesos mensuales que había empezado a facilitar para la reorganización del ejército mexicano.

Malas noticias hubo también de Austria, la cual, por ame-

nazas de los Estados Unidos, anunció que no podría ya enviar voluntarios para el ejército de Maximiliano.

Este cayó en un profundo desaliento y estuvo a punto de abdicar (julio de 1866), pero lo contuvo su imperial consorte, la cual se ofreció a ir a París a hablar con Napoleón III.

La emperatriz de México se hizo recibir por Napoleón, que a todo trance procuraba evitar una penosa entrevista. Sin embargo, hubo tres. La primera, de gran gala; las otras dos, privadas. En la primera, después de la ceremonia oficial, presentó Carlota las peticiones de su esposo: que Bazaine fuese llamado a Francia, que las tropas auxiliares fuesen pagadas por el tesoro francés y que las expedicionarias continuasen en México hasta la completa pacificación del país. Napoleón, anciano, enfermo y desarmado por los argumentos de la vehemente Carlota, lloraba, pero respondió resueltamente que ¡era imposible! Al fin accedió a considerar de nuevo el asunto con sus ministros. La emperatriz de México vio a éstos y, por segunda vez, a Napoleón antes de que se juntasen todos en consejo. A Napoleón le presentó entonces dos telegramas que él mismo había puesto a Maximiliano cuando titubeaba en aceptar definitivamente la corona de México. “Podéis estar seguro —decía el primero— de que mi apoyo no os faltará jamás” (18 de marzo de 1864). “¿Qué pensaríais de mí —insistía en el segundo— si, estando ya V.A.I. en México, os dijera que me era imposible cumplir las condiciones que había firmado?” (26 de marzo de 1864). Napoleón se conmovió mucho más que la primera vez, pero no respondió nada.

La junta de ministros no quiso hacer modificación alguna a lo ya determinado, y Napoleón fue personalmente a informar a Carlota del penoso resultado. “Vuestra Majestad —díjole— no debe hacerse ya ilusión alguna.” “El negocio —contestó fuera de sí Carlota— toca igualmente a Vuestra Majestad, y Vuestra Majestad tampoco debe hacerse ilusiones sobre este punto” (14 de agosto de 1866). Días después (29 de agosto), Napoleón escribía a Maximiliano que “en adelante le era imposible dar a México ni un escudo ni un hombre más”.

La pobre emperatriz se volvió loca. Manifestábalo ya en su carta a Maximiliano de 22 de agosto de 1866, en la cual le dice que “El (Napoleón, cuyo nombre siempre omite) simplemente no quería y todo esfuerzo era inútil, porque EL tenía en sí mismo el Infierno...” Y el 27 de septiembre siguiente, durante su emotiva entrevista con Pío IX, su psiquismo

no resistió más y la manía de la persecución se apoderó de ella, que temía ser envenenada por emisarios de Napoleón. Murió, habiendo tenido cortos tiempos de lucidez, muchos años después en el castillo de Bouchout, en Bélgica (19 de enero de 1927).

Entre tanto Maximiliano reorganizaba el ejército imperial, que había esperado que podría componerse, prescindiendo de los franceses, de unos 40,000 hombres, pero que, descontados éstos, no llegó a tener sino unos 31,000, pues Austria —según se dijo ya— no pudo enganchar más voluntarios para México.

En septiembre (1866) inició el emperador una política de tendencias francamente conservadoras, cuyo programa, formado por don Teodosio Lares, comprendía una política mexicana y un ministerio compacto y unido a cuyo cargo *exclusivo* estaría la administración, y armonía entre la Iglesia y el Estado. Nombró nuevos ministros y algunos prefectos de los Departamentos, pertenecientes todos al partido conservador; modificó en sentido católico la Ley sobre Cementerios y designó un comisario imperial que asistiese a las sesiones de los preladados diocesanos, reunidos en la corte para conferenciar sobre el concordato.

En su nueva trayectoria tropezó en seguida el emperador con las noticias del fracaso de la emperatriz en Francia y la de su locura. La primera le llegó el 10. de octubre; la segunda, el 18. Deseó de nuevo abdicar, pero no lo quiso de veras, con lo que se produjo una situación ambigua, en la que nadie sabía lo que se tenía que hacer.

En su citada carta de 29 de agosto (1866), Napoleón, con la proverbial claridad francesa de ideas y de expresión, había expuesto a Maximiliano lo que debía hacer en las diversas hipótesis posibles: supuesto que Napoleón no le podía dar ya ni un escudo ni un hombre más “había que saber si Maximiliano podría sostenerse por sus propias fuerzas o se vería forzado a abdicar; en el primer caso, las fuerzas francesas permanecerían hasta 1867, según se había convenido; en el segundo, Maximiliano debería publicar un manifiesto exponiendo la noble ambición que le había movido a aceptar el mando que le ofreció una gran parte del pueblo mexicano y cuáles eran los obstáculos insuperables que le obligaban a renunciar a la empresa; había que aprovechar, además, la estancia del ejército francés para reunir una representación nacio-

nal y hacer elegir un gobierno que ofreciera alguna garantía de estabilidad". Maximiliano le contestó: "Mi conciencia no me permite todavía responder de una manera definitiva."

El 18 de octubre, al saber la locura de la emperatriz, el emperador, que se hallaba muy debilitado por la disentería y el paludismo, se abatió mucho y dijo a sus íntimos que abdicaría. Empezaron los preparativos para la retirada, que se mantenía secreta, pero fue advertida por los ministros, los cuales presentaron su renuncia como protesta. Mediaron Fischer y Bazaine, y la retiraron.

La resolución del emperador no era definitiva, y así pasaron cuarenta días de incertidumbre para todos, hasta el 28 de noviembre. El 21 de octubre salió aquél para Orizaba; el 24 de noviembre hubo allí una junta de ministros y consejeros para tratar sobre la abdicación, que fue aprobada por 2 de los 23 presentes, rechazada por 10 y votada como aplazable por 11; y el 28 del mismo mes, en la tarde, decidió, por fin, Maximiliano quedarse. "Abdicar el poder en manos de extranjeros —escribió en un borrador— sería traición más que fuga. Ningún Habsburgo haría eso; por consiguiente, manifiesto y congreso."

Al manifiesto y al congreso les daba otro sentido del sugerido por Napoleón.

La erección del segundo Imperio mexicano se hizo con la dirección y apoyo de Napoleón III. Su destrucción, con la dirección y apoyo de William H. Seward, secretario de Estado del presidente Johnson de los Estados Unidos.

La acción de Seward fue doble: sobre Europa y sobre México.

En Europa forzó a Napoleón a que negara su auxilio militar y económico a Maximiliano, y a Austria y Bélgica a que no enviaran más soldados para el ejército imperial de México.

Con relación a México, evitó la acción directa, porque —decía— "si un ejército de los Estados Unidos entrara en México, nunca regresaría"; y se contentó con acercar a la frontera mexicana las tropas victoriosas del Norte y permitir o tolerar que los republicanos de México recibiesen copiosa cantidad de armas y municiones de los Estados Unidos. Lo primero sirvió para paralizar el ejército de Bazaine, que suspendió luego sus operaciones; lo segundo, para destruir el Imperio mexicano por medio de los mexicanos.

Los republicanos, que en 1865 se hallaban casi destruidos,

en 1866 se reorganizaron y muy pronto contaron con tres respetables ejércitos: el del Norte, el de Occidente y el del Sur, al respectivo mando de los generales Mariano Escobedo, Ramón Corona y Porfirio Díaz. Su avance fue de fáciles victorias, pues los franceses se retiraron muchas veces abandonando las plazas y los elementos militares.

Ya en el período de su gobierno personal (noviembre de 1866-mayo de 1867), trató Maximiliano de resistirles, o más bien, de prepararse una retirada honrosa por medios políticos y militares, según fuese menester. Los políticos consintieron en intentar reunir un Congreso nacional que decidiese si había de continuar o no el Imperio; y, frustrado el Congreso, en entablar negociaciones con los republicanos, a las que darían valor las operaciones militares del novísimo ejército imperial mexicano.

Franceses y liberales mexicanos opinaron que, dadas las circunstancias de la guerra civil, el Congreso era imposible y que, aun cuando se reuniera, los liberales vencedores jamás se someterían al veredicto de la asamblea. Por tal motivo el emperador reunió una Junta de Notables en vez del Congreso, la cual, casi por unanimidad, acordó la continuación del Imperio (14 de enero de 1867). En ella causó profunda impresión el discurso realista de don Alejandro Arango y Escandón. "Los hombres del partido conservador —dijo entre muchas otras verdades— juzgaron que solicitar una alianza con Europa ofrecía ventajas sin riesgo alguno: de ella ha resultado la monarquía. Los hombres del partido liberal solicitaron y han obtenido a su vez el apoyo de los Estados Unidos, harto más eficaz, por lo visto, que el de Europa. Yo no descubro traición ni en uno ni en otro pensamiento; pero en el del partido liberal me parece que hay inmensos riesgos para mi país. El general Bazaine ha dicho que, por los informes de sus generales, recién llegados del interior, tiene hoy adquirido el convencimiento de que la opinión de los pueblos no es monárquica sino republicana. Yo, señores, respeto mucho a esos generales, pero no vacilo en afirmar que vienen engañados. Lo que el país quiere ante todo es paz; se prescindiría con gusto de los derechos políticos con tal de disfrutar por completo de las garantías civiles. Nuestro pueblo (y no somos una excepción entre los demás del Universo) se ocupa muy poco en formas y sistemas de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie; aquí, como en otras partes, la cuestión actual es más de policía que

de política; y entre nosotros será bendito el gobernante que devuelva a esta dicha sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado; que sea un escudo a la honra, a la vida y a la propiedad de los ciudadanos; que, levantando sobre todo su corazón y sus ojos al cielo, apoye sus mandatos en los principios de nuestra augusta religión, sin el respeto de la cual no es posible lisonjearse con esperanzas de orden y de verdadera libertad. Al que tales conquistas realice no le preguntará la generalidad de los mexicanos si se llama *Emperador* o *Presidente*. La opinión de los pueblos no es adversa al Imperio: la revolución no sería bastante fuerte para derribar el trono sin la complicidad del poder interventor."

Sin ningún resultado emprendió Maximiliano negociaciones con Juárez y Porfirio Díaz. Y así, todo dependió ya de la suerte de las armas.

Contra los republicanos, que presentaban imponentes efectivos y mucho mejor armamento, organizó el emperador tres pequeños cuerpos de ejército con soldados mexicanos bien fogueados y magníficos jefes, también mexicanos. Estos eran: Miramón, Márquez y Mejía. Los dos primeros habían sido enviados a Europa cuando Maximiliano hacía gala de liberalismo y habían regresado poco antes y ofrecido sin resentimiento alguno sus espadas al emperador, cuyo trono ya se bamboleaba.

Mientras los franceses se embarcaban en Veracruz (febrero de 1867), Maximiliano, siguiendo un plan político de su primer ministro Lares, entraba en Querétaro después de haberse puesto a la cabeza de las tropas del Imperio, Miramón había tomado ya la ofensiva y apoderádose de Zacatecas (27 de enero de 1867), de donde huyó a toda velocidad don Benito Juárez, mas cinco días después (10. de febrero), era totalmente derrotado en San Jacinto por Escobedo.

En Querétaro se reunieron para tomar nuevamente la ofensiva 9,000 hombres, llegados unos con Miramón, otros con Méndez y el resto con el propio emperador, el cual, por no dejar indefensa a la imperialista Querétaro, retrasó tanto la salida de los diversos ejércitos, que todos quedaron sitiados en esa ciudad por las fuerzas concentradas de los republicanos en número de 22,000 hombres al mando de Escobedo.

El sitio duró setenta días (6 de marzo-15 de mayo de 1867). Dos asaltos de los republicanos fueron rechazados. Márquez se abrió paso con éxito para ir a México por refuerzos y Mira-

món hizo dos vistosas salidas: una para apoderarse de víveres en San Juanico y otra sobre el cerro del Cimatario, de donde desalojó por algunas horas a los 10,000 hombres de Régules.

Márquez no pudo traer refuerzos. Intentó audazmente salvar primero a Puebla, sitiada por el general Díaz, y aumentar con las tropas imperialistas de esa ciudad, tonificadas con la victoria, las suyas propias; pero llegó tarde, tuvo que retroceder a México y allí quedó cercado por el vencedor de Puebla.

Sin victoria, por una traición comprada, cayó Querétaro en poder de los republicanos el 15 de mayo de 1867. El emperador y los generales Miramón y Mejía fueron condenados a muerte y fusilados el 19 de junio siguiente. Los tres murieron como valientes y cristianos caballeros.

La capital del Imperio capituló el día 20 y los republicanos entraron en ella el 21.